



Los escritores Mario Benedetti, izquierda, y Rafael Alberti conversan en El Escorial, en 1989, antes de ofrecer una charla sobre poesía latinoamericana.

Cien años con Mario

ATRAVESÓ COMO UN DISCRETO RELÁMPAGO EL CIELO DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA DEL ÚLTIMO SIGLO. AMANTE DE LA COTIDIANEIDAD SIN ESTRIDENCIAS, MONTEVIDEANO SIEMPRE, EXILIADO PERMANENTE, LA FIGURA DE MARIO BENEDETTI VUELVE A HABLARNOS MIENTRAS SU FUNDACIÓN RECONSTRUYE UN PODEROSO LEGADO DE LIBROS, APUNTES, CURIOSIDADES Y CORRESPONDENCIAS AL CUMPLIRSE UN SIGLO DE SU NACIMIENTO.

Loreto Mármol (Montevideo)

Nació en un lugar de paso, Paso de los Toros, por aquellos hombres bravos como astados que cruzaban carretas y tropas de una ribera a otra del río Negro. Lo hizo un 14 de septiembre de 1920, en el centro de un país que más que un nombre es una descripción de la república que queda en el lado oriental de otro río, Uruguay, el de los pájaros pintados. Cuatro años después, la familia de Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia, más conocido como Mario Benedetti, se mudaría a la capital, también con un curioso nombre que debe a una medición náutica: el monte VI de Este a Oeste visto desde altamar (Montevideo).

Desde entonces algo así como una mudanza permanente regiría toda su vida, ese lugar de paso entre dos nadas, entre dos olvidos. En *La borra del café*, una novela autobiográfica, Benedetti habla de que su madre tenía la extraña manía de mudarse, algo que no le caía nada bien: en cada traslado él y su hermano tenían que armar y volver a desarmar el laboratorio de su padre, que era químico.

En las páginas de esta obra aparecen el parque Capurro, “como una escenografía montada para una película de bandidos, con rocas artificiales, semicavernas, caminitos tortuosos y con yuyos”, y el hogar de la infancia, que “tenía un olor extraño”. “Según mi padre, olía a jazmines; según mi madre, a ratones. Para mí fue mi casa”. También su adolescencia en el barrio de Punta Carretas, “al costado de la cárcel. Precisamente esa vecindad poco esplendorosa abarataba el alquiler”.

Cuando se casó con Liropeya Luz López Alegre, su amor, su cómplice y su todo, con quien pasó una “vida en común y en extraor- ➤

dinario” durante casi 60 años, vivió un tiempo en el marítimo Malvín, abierto al Río de la Plata, al que llaman mar. “Para mí es mar y se acabó. Vos, nacido y criado en Malvín, ¿dijiste acaso o pensaste alguna vez que vivías frente al río? Siempre te oí decir que tus ventanas daban al mar”, escribe en *Andamios*. Agua de río mezclada con mar que bordea la Rambla, el paseo marítimo de 22 kilómetros tan omnipresente en los montevideanos: “Nacen junto a la rambla / y en la rambla se mueren / y van al paraíso / y claro / el paraíso / es también una rambla”, dice en el poema ‘Los pitucos’. “Con ese murallón de grandes edificios que dan sombra a la playa y la cubren de una falsa melancolía”, describe en *Gracias por el fuego*.

Hasta que llegó su mudanza más dura, en 1973, cuando ingresó en la lista de los perseguidos por la dictadura uruguaya. “De golpe y porrazo entró en el exilio”, como en un laberinto. Con más de 50 años, con un pasaporte a punto de extinguirse y solo, porque su mujer tuvo que permanecer en Uruguay cuidando a las madres de ambos, se instaló en Buenos Aires, donde también lo esperarían el peligro y las amenazas de otro golpe de Estado. Él hablaba de un llavero de la esperanza, un manojo de llaves que abrían cinco casas de amigos para evitar la detención.

Exilio errante

Con muy poco dinero —censuraron sus libros—, tuvo que vender algunos cuadros de valor y trabajar de cualquier cosa. Se trasladó a Cuba en 1976, pero su asma no le permitió quedarse mucho tiempo. Además, se sentía aislado: una carta que saliera de Montevideo tenía que dar una vuelta por Checoslovaquia y Canadá hasta llegar a la isla.

Un año después terminó en España, que le dio un nuevo empuje, sobre todo porque allí tenía libertad para denunciar las dictaduras del Cono Sur —por algo estaba exiliado— y estar en contacto con su público. Fue en Madrid cuando Hortensia Campanella, hoy presidenta de la Fundación Mario Benedetti, conoció al escritor mientras le realizaba una entrevista sobre su libro *Cotidianas* (1979).

Ella y su marido, también exiliados, fueron cimentando una amistad y un vínculo familiar con Luz y aquel hombre que parecía, dice, “un abuelito para mi hijo”. “Siempre fue modesto, a pesar de ser reconocido en el mundo, querido y muy leído. Le he visto en medio de multitudes sin perder la sencillez, con la misma actitud de atención hacia la gente sin que su ego predominara”, cuenta la autora de la biografía *Un mito discretísimo* de quien llegó a ser uno de los exponentes de la Generación del 45.

Recuerda a Mario de una forma benedettiana. Con una sonrisa. O con esa ironía que es tristeza que no puede llorar y sonríe. Conjugó la nostalgia (“yo nostalgio / tú nostalgias / y cómo me revienta que él nostalgia”) que se iba convirtiendo en humor en quien también defendía la alegría como una trinchera, un principio, una bandera, un destino, una certeza y un derecho. Da detalles que reconstruyen el perfil de “una persona cercana, cálida, afable y afectuosa” detrás del personaje, y lo hace en su apartamento del centro de esa *Ciudad en que no existo*, la capital provinciana de un paísito sin alardes, pero soleada, de azules generosos y arboledas únicas, con la que se mimetizó.

Cerca se encuentra la plaza Constitución (o Matriz), donde todo empieza: “Estuve un buen rato contemplando el alma agresivamente sólida del Cabildo, el rostro hipócritamente lavado de la Catedral, el desalentado cabeceo de los árboles. Creo que en ese momento se me afirmó definitivamente una convicción: soy de este sitio, de esta ciudad”, escribe en *La tregua* (1960). Es en esta novela en forma de diario donde el protagonista se sintió desnudo, “con esa desesperada desnudez de los sueños”, paseando por Sarandí, la peatonal que atraviesa “la

Ciudad Vieja de sus nostalgias”, un lugar con huellas de una herencia colonial, con una digna decrepitud, algo destartalado.

“Hay un gran paralelismo entre su vida y su obra”, explica Campanella, que también ha publicado *Una guía para leer a Mario Benedetti*. Desde 1940 a 1945 trabajó en la Contaduría General de la Nación, órgano burocrático y gestor de Uruguay, y fue gerente en una inmobiliaria entre 1945 y 1960. Por eso, hizo poesía del ambiente anodino de las oficinas. Recreó la rutina diaria de funcionarios hipnotizados por una vida segura: “Cobraré el aguinaldo en billetes de uno a uno / y me iré caminando por Dieciocho / silbando un tango amargo / como otro distraído”.

Montevideo, “muy benedettiano”, suele ser el escenario recurrente en sus relatos, entre plazas, parques, fútbol, amores, asados y tango. Leer a Mario permite subir a los *Andamios* de la ciudad para disfrutar de las vistas “desde aquel piso 19”, el ascensor panorámico del ayuntamiento; conocer la mejor feria de los domingos, Tristán Narvaja, una especie de mercadillo, donde esperar “con este corazón recién comprado”; pasear por la plaza Cagancha, que en realidad “se llama Libertad, por eso le quitaron las baldosas”; caminar por 18 de Julio, la avenida principal, que es “como moverse por el patio de la casa familiar”, y terminar en la plaza Independencia de cara al icónico Palacio Salvo, “casi una representación del carácter nacional: guarango, soso, recargado, simpático”.

“SIEMPRE FUE MODESTO, A PESAR DE SER RECONOCIDO, QUERIDO Y MUY LEÍDO. LE HE VISTO EN MEDIO DE MULTITUDES SIN PERDER LA SENCILLEZ”, RECUERDA SU BIÓGRAFA

Es un retrato costumbrista de una idiosincrasia: “La cotidianidad está en nosotros. ¿Qué somos los seres humanos? No somos héroes todo el tiempo, sino más bien cotidianos. Esos sentimientos que afloran en la vida cotidiana son los que trascienden”, comenta Hortensia Campanella. Y añade: “Benedetti ofrece un paisaje compartido, no solo geográfico, de un Uruguay querido que con el tiempo se hace latinoamericano, y sobre todo un paisaje espiritual, de preocupaciones, humor, nostalgias y esperanzas, tan humano todo ello”.

Sostiene que “si fuera solo un reflejo de un Montevideo triste y nostálgico, *La tregua* no se habría publicado en 130 lugares”, y cree que “se exageró dándole un valor de topónimo”. “Su obra es muy montevideana, sí, y muy universal”. Por eso, insiste, “a Mario en este momento lo están traduciendo en Finlandia, China, Siria, Georgia... A la fundación nos siguen llegando sin cesar solicitudes para adaptar sus relatos al teatro y al cine”. También llegan peticiones para hacer

TRAS SU REGRESO A URUGUAY ECHÓ DE MENOS ESAS PATRIAS SUPLENTE. YA SERÍA UN EXILIADO POR SIEMPRE. HASTA EL PUNTO DE REPARTIR LOS MESES ENTRE MONTEVIDEO, MADRID Y ALICANTE

de sus letras canciones, algo que a él le gustaba especialmente, afirma la biógrafa. Por ejemplo, trabajó mano a mano con Joan Manuel Serrat en el disco *El sur también existe* (1985). Y, como decía el verso, “al sur al sur está quieta esperando Montevideo”.

De los acordes ordinarios de su contexto, Mario Benedetti “extrae algo más trascendente: la búsqueda, el éxtasis, la incertidumbre en la que cada uno se reconoce”, prosigue Campanella. En su opinión, hay una capa de comunicación inmediata y al mismo tiempo se encuentran distintos estratos en los que uno puede zambullirse y seguir ahondando en valores y sentimientos mucho más complejos.

El poeta estaba “lejos como un horizonte / si allá quedaron árboles y cielo / si cada noche es siempre alguna ausencia / y cada despertar un desencuentro”. Pero en 1985, con la apertura democrática, regresa a Uruguay, un periodo que él mismo llamó desexilio: “Ahora por fin / están aquí a mi alcance / porque rambla idioma firmamento / recodos calle feria esquinas / ya no preciso referencias”. No obstante, echó de menos esas patrias suplentes compañeras donde todo era igual, pero distinto. Ya sería un exiliado por siempre. Hasta el punto de repartir los meses entre Montevideo y Madrid, con largas estancias en Alicante, cuya universidad fue la primera que lo reconoció doctor *honoris causa*. En agradecimiento donó parte de su archivo y unos 10.000 libros.

Según Campanella, “hay una nostalgia obvia cuando tienes el recuerdo y las ganas de estar en otro lugar; sin embargo, era una persona positiva”. También metódica. Su formación en el Colegio Alemán de Montevideo hizo que se tomara con rigor cualquier tarea, algo que se aprecia en su correspondencia. Escribía sus cartas en papel carbónico para conservar una copia, con lo que se logran “espléndidas idas y vueltas”, matiza. La fundación, que alberga el archivo personal, está trabajando en todo el material para digitalizarlo. “Hay abundante correspondencia, como la extensa y afectuosa que mantuvo con Idea Vilariño”, señala su presidenta. Acaba de editar *Cien veces Benedetti*, que reúne fragmentos de las cartas que intercambió con figuras políticas y literarias como Julio Cortázar, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, que alabaron el análisis que el uruguayo hizo de sus obras.

Aunque se consideró poeta antes que nada, Campanella reivindica su faceta “poco conocida” como crítico literario, que destaca por su “fineza y exactitud”. El autor de *Rayuela* llegaría a decirle: “En usted el poeta y el crítico son uno solo frente a la obra que primero padecen y después elucidan”. Algunos de los mejores ensayos sobre Juan Carlos Onetti los escribió Benedetti, y hay correos entre ellos “muy interesantes”, remarca Campanella.

En su sede, una casona de 1909, se exponen algunos objetos personales como su escritorio, cuadernos y cuadros que revelan el gusto de Benedetti por las artes plásticas. Allí se puede ver una litografía de Pablo Picasso en la que el pintor estampa: “Los toros son ángeles que llevan cuernos”; y también una pintura del cubano Mariano Rodríguez. Hay varios relojes detenidos.

Pero, sobre todo, destaca su biblioteca, compuesta por unos 7.000 ejemplares. Algunos resaltan por las dedicatorias y anotaciones en los márgenes. Hay muchos otros subrayados, por lo que se pueden ver sus intereses y lo que le conmovía en ese momento. Otros ejemplares guardan recortes entre los que no se descarta que pueda haber algún texto inédito. “Aun cuando hubo lapsos de serenidad, tuvo una vida muy agitada que fue una especie de torbellino durante mucho tiempo, a pesar del orden y la seriedad”, cuenta Campanella, que indica que “era una persona con valores muy acendrados, muy firmes, que no se dejaba llevar por las conveniencias”.

“Llorá, pero no olvides”

Fue “un periodista conciencioso” y muy terminante en la denuncia de las injusticias. “Te quiero porque tu boca sabe gritar rebelde”, escribió quien a cada persona en el mundo la consideraba su prójimo. “En la calle codo a codo somos mucho más que dos”. Su compromiso social y político lo llevó a dejar en su testamento la creación de la Fundación Mario Benedetti para difundir su obra y luchar por los derechos humanos, sobre todo por la búsqueda de los desaparecidos durante la dictadura: “Porque es mejor llorar que traicionar / porque es mejor llorar que traicionarse / llorá / pero no olvides”.

Su último domicilio estuvo en la calle Zelmar Michelini, un senador secuestrado y asesinado en Buenos Aires en la época del terror, y un gran amigo. “Mi pregunta oficiosa es la siguiente / dónde están los verdugos”, dejó escrito el autor en *Croquis para algún día* (1976). La condena llegó meses más tarde de que Benedetti muriera el 17 de mayo de 2009. A los 89 años y más de 80 obras después. Antes pidió: “Cuando muera quisiera desmorirme / tan solo por un rato para ver / cómo el mundo se lleva con mi ausencia”. Hoy se pueden ver murales con su rostro por toda la ciudad. La admiración sigue intacta, pero, sin embargo, su popularidad no goza de prestigio. Las altas esferas parecen seguir minusvalorando al autor por su aparente sencillez.

A un siglo del nacimiento de Benedetti, la pandemia ha trastocado todos los planes, como hiciera la gripe española 100 años atrás. Es el año Mario Benedetti, pero con festejos cancelados, y hasta le iban a dedicar en octubre el Día del Patrimonio en Uruguay, en el que finalmente homenajeará a los médicos. O tal vez sea una excusa para negarle, una vez más, el reconocimiento. Mientras tanto, el Café Brasileiro continúa con “sus cortados de rutina”. En la pared hay una foto con una dedicatoria de Eduardo Galeano: “Bienvenido al café, Mario. Tu café, nuestro café. Ya nunca más te dejaremos ir”. Sigue estando la mesa habitual de Benedetti, con vistas a un invierno y una esquina rota, cuando Montevideo es como un amor en duelo. Un amor en vilo. Un amor en vuelo. ■